

ARGENTINOS
CONTEMPORÁNEOS

ALDEA
LITERARIA



La orfandad
de los muertos

FLORENCIA SERPENTINI

**ALDEA
LITERARIA**

**La orfandad
de los muertos**
FLORENCIA SERPENTINI

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramadora: Azul De Fazio

Serpentini, Florencia

La orfandad de los muertos / Florencia Serpentina. - 1a ed. -

Boulogne : Cántaro, 2019.

96 p. ; 20 x 14 cm. - (Aldea literaria ; 551)

ISBN 978-950-753-598-7

1. Literatura Infantil. 2. Narrativa Infantil Argentina. I. Título.
CDD A863.9282

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2019

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-598-7

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

**ALDEA
LITERARIA**

**La orfandad
de los muertos**

FLORENCIA SERPENTINI

Mención especial del Concurso "Más que lectura" 2019

A mis amigas.

Esas que son amor a primera vista cada vez que las veo.

(Tengan amigas así. Sin amistad no hay tribu).

INDICE

- 7 Cinco
- 15 Pintu
- 17 Sanchito
- 19 Nuria
- 21 Ivo
- 23 Cuatro
- 27 Pintu
- 31 Sanchito
- 35 Nuria
- 37 Tres
- 45 Ivo
- 49 Nuria
- 53 Sanchito
- 59 Pintu
- 63 Ivo

65 Nuria

67 Dos

71 Pintu

75 Ivo

77 Sanchito

79 Nuria

83 Uno

89 Cero

93 La autora

Cinco





Aquel lunes por la mañana, los alumnos recorrieron esos pasillos adornados con cemento y mármol con un desinterés inusitado, como si alrededor de ellos no hubiera gente muerta. Al final de la fila, venía La Banda del Fondo: Nuria, con el pelo atado bien tirante y sus auriculares prendidos colgando por fuera del cuello de su remera; Pintu, repasándose la sombra negra de los párpados para no desentonar con la ocasión; Ivo, cortándose las uñas con los dientes y guardándose las para no escupirlas al aire y evitar que algún muerto se ofendiera; Sanchito, culpándose en sus pensamientos por no haber puesto en el collar de Ronda una chapita con el número de teléfono de su casa.

Las tumbas de las celebridades y los personajes políticos no llamaron la atención de ninguno de ellos. Lo que les pellizcaba la tranquilidad eran las tumbas de los nadie. Esas que se veían abandonadas, como si el cuerpo se hubiera enterrado solo. Como si los muertos pudieran quedar huérfanos.

—Chicos, cuando me entierren, vengan a visitarme. Tráiganme unas flores coloridas, pásenle un plumero a mi lápida... hagan algo —pidió Pintu—. Mi tumba tiene que estar impecable.

—¿Para qué? ¿Si no la vas a ver? —se atrevió a desanimarla Sanchito.

—¿Vos qué sabés? Yo se los advierto: cuiden mi tumba. Si no, los voy a visitar en sus pesadillas todas las noches.

—No hagas chistes con eso... o sí... hablá de lo que quieras... pero de fantasmas, no —a Ivo solo pensar en la muerte le daba escalofríos.

—Hay que hacer algo para que la gente nos visite cuando estemos muertos —insistió Pintu—. Mi tumba no puede quedar abandonada —dijo mientras se sacaba una *selfie* con cara triste abrazada a una lápida rota.

—¿Por qué los famosos tienen tumbas deslumbrantes y las de los desconocidos son deprimentes? Ni un angelito, una cruz, una calcomanía, nada. Lápidas rotas, nichos abiertos... para esto no vale la pena morir —acotó Nuria con indignación.

Mientras caminaban desde la tumba de Carlos Gardel hasta la de Alfonsina Storni, Pintu revisaba las fotos que se había sacado. De repente, quedó paralizada, quieta, dura como los ángeles que adornaban el lugar. Nuria, que iba buscando palomas en el cielo, la chocó.

—Caminá, nena. ¿Qué te pasa? ¿Viste un fantasma?

—No. Más o menos —respondió la selfógrafa perturbada—. Es el profe de Historia del año pasado.

—¿El Sargento? ¿Está acá? —Nuria miró hacia los costados. A Ivo y a Sanchito se les contagió la curiosidad.

—Sí... En realidad, no. O sí —Pintu titubeó a la manera de Ivo—. Está muerto. Lo enterraron en esta tumba —Y les mostró la *selfie* que se había sacado hacía un rato.

—Veinticuatro —susurró Nuria en voz baja. Cada vez que sentía miedo y quería esquivarlo, susurraba “veinticuatro”. No sabía por qué, pero al pronunciar ese número, el temor se congelaba.

El Sargento había sido el único profesor de Historia al que habían querido. Se paraba con las piernas tan abiertas como el ancho de sus hombros y con los brazos estirados con fuerza a los costados. No los cruzaba,

no gesticulaba con sus manos al hablar. Mantenía la espalda recta, marchaba de un lado al otro y relataba historias de guerra como si fueran anécdotas.

Ver en aquella foto la tumba abandonada de su ex profesor los dejó helados. Helados de palito: quietos, rectos y clavados en el lugar. La Banda del Fondo pensando en lo injusto que era que su profesor se hubiera convertido en un huérfano de la muerte, tapado de hojas, basura y olvido. Llegaron a la tumba de la poeta suicida y Nuria buscó en la mochila un libro de poemas que siempre llevaba encima. Abrió la página de su poema favorito y leyó en voz alta el principio para sus amigos:

*Aquí descanso yo: dice Alfonsina
el epitafio claro al que se inclina.
Aquí descanso yo y en este pozo
pues que no siento, me solazo y gozo.
Los turbios ojos muertos ya no giran,
los labios, desgranados, no suspiran.
Duermo mi sueño eterno a pierna suelta;
me llaman y no quiero darme vuelta.
Tengo la tierra encima y no la siento,
llega el invierno y no me enfría el viento.
El verano mis sueños no madura,
la primavera el pulso no me apura.
El corazón no tiembla, salta o late,
fuera estoy de la línea de combate.*

—¿De quién es? —se interesó Ivo.

—De ella —respondió la lectora señalando la tumba de la poetisa—. Se llama “Epitafio para mi tumba”.

—A ver —Sanchito le sacó el libro de las manos y terminó de leerlo en silencio. Había algo en la soledad de ese poema que lo atrapaba.

A veces nos sentimos un poco solos en esta vida. Pero que nuestras tumbas también se vean solitarias o abandonadas parece ser demasiado para Nuria, Pintu, Ivo y Sanchito. Ellos tienen un plan para sentirse más vivos que nunca, y para que todos los recuerden y visiten más allá de la muerte. Un epitafio es, ante todo, una declaración de principios. Y así lo asumen ellos.

ALDEA
LITERARIA

ISBN 978-950-753-598-7



9 789507 535987 >

 macmillan
education

 cántaro

Lectura sugerida
a partir de los **14** años.